

de reparar los estragos que el Protestantismo habia hecho á las costumbres y á la fe con mas de un siglo de guerra civil en Francia.

Limítome igualmente á nombrar las grandes antorchas salidas de diversas Ordenes religiosas que han dominado por su individualidad poderosa, eclipsando las luces mismas por su concentracion: tales como Melchor Cano, de la Orden de Dominicos, que por sus eminentes conocimientos teológicos fué enviado por la universidad de Salamanca al concilio de Trento, en donde se distinguió entre los mas sábios; el cardenal Cayetano, célebre por sus trabajos exegeticos; el cardenal Sadolet, obispo de Carpentras, por sus trabajos filosóficos y por sus esfuerzos para reunir las diversas confesiones protestantes; el cardenal Gaspar Contarini, el P. Marsena, Dionisio Petau, y el grande cardenal Belarmino, de quien no es posible comprender el número y solidez de sus escritos, que opuso sobre todos los puntos á la heregía protestante, sino recordando la santidad y continuo sacrificio de toda su vida al bien de sus prójimos,

Al mismo tiempo que estos grandes trabajos de ciencia y de doctrina ejercitaban y desplegaban las fuerzas del espíritu humano en el servicio de la verdad, la vida moral y el sentimiento religioso de los pueblos se veian reanimados por obras ascéticas, que desenvolvian la actividad moral paralelamente á la actividad intelectual, vivificándose las dos recíprocamente. Tales fueron los escritos y los sermones de San Ignacio, de San Carlos Borromeo, de San Francisco de Sales, de Simon Vigor, arzobispo de Narbona, de Pablo Segneri, de Claudio y de Juan de Lirhendes, de Francisco Fevault del Oratorio, de Pedro Sharga, y del piadoso Luis de Granada, autor de la *Guía de pecadores*, de los *Pensamientos sobre la vida cristiana*, de un *Tratado de la oracion*, de un *Catecismo* muy popular, y de otros escritos en los cua-

les se vuelve á encontrar el soplo casi divino de la *Imitacion*, y que merecieron este brillante elogio que el Papa Gregorio XIII escribia al piadoso autor: "Tú has prestado á todos cuantos han procurado instruirse en tus libros un servicio mucho mayor que si hubieses obtenido del cielo, por tus oraciones, la luz para los ciegos y la vida para los muertos."

No olvidemos que al mismo tiempo que la Iglesia, acosada tan de cerca por el Protestantismo, reconquistaba así palmo á palmo y á fuerza de luz y de virtud el terreno que aquel le habia arrebatado en Europa, mientras que Lutero ocupaba los campos, como la antigua Roma, hacia pasar delante de este nuevo Anibal las legiones apostólicas que enviaba á las estremidades del mundo; fundaba la admirable institucion de la Propaganda; hacia llevar por manos de sus misioneros la antorcha de la civilizacion y de la fe en el fondo de las Indias y de las Américas, en donde creaba esas maravillosas *reducciones* del Paraguay, cuya realidad ha superado todas las utopias, reportando de ellas las mas favorables observaciones y doctrinas para el desenvolvimiento de las ciencias en Europa.

Por medio de ese prodigioso desarrollo de actividad moral y verdaderamente civilizadora, ha llegado la Iglesia á salvar las luces que ella sola, como vimos ya, habia al principio producido en el mundo; que el Protestantismo no habia hecho sino oscurecer, y que hubiera ahogado del todo, á no haberse redoblado la actividad católica.

De ello puede juzgarse por la suerte de algunas regiones colocadas fuera de la esfera de esta actividad, y exclusivamente ocupadas por el Protestantismo, tales como la Suecia, la Dinamarca, la Noruega y la Holanda.

"Las ciencias y las artes, dice un escritor protestante, habian sido en otro tiempo llevadas hasta las He-

“bridas, en donde los establecimientos religiosos las conservaban y las hacian florecer; pero Johnson nos refiere que la fertilidad sola de la isla de Iona, una de las principales, constituye en el dia toda su prosperidad. No sé si tienen un ministro para instruirlos; y la isla que antes, en tiempo de su catolicidad, era la metrópoli del saber, de la literatura y de la piedad, está ahora sin escuela para la educacion, sin templo para el culto, y solo tiene dos habitantes que hablen inglés, y ni uno solo que sepa leer y escribir. La misma suerte han tenido muchas ciudades episcopales ó abaciales de Escocia, San Andrés, Aberbrotic, Elgin, etc. Otras en Irlanda, Kilkenny, Boyle, sobre todo, Turles, etc. Decaidas de su antigua importancia, no ofrecen mas que el aflictivo cuadro de calles despobladas, de indigencia inactiva, de colegios silenciosos y desiertos, y de ruinas sobre las cuales el artista llora y las admira. En Inglaterra, este país de Santos, título de que se gloriaban nuestros padres, vense por todas partes los deplorables y magníficos restos de conventos convertidos en rústicas habitaciones de pobres labriegos, y de otros muchos en medio de terrenos erizados de malezas y en el dia inhabitables (1).”

[1] Es imposible no reconocer la verdad de lo que dice en otra parte el mismo escritor: “No hay Estado alguno en Europa que esté tan adornado de nobles edificios, públicos y particulares, como lo están los Estados católicos romanos; ninguno que sea tan cultivado y tan poblado; ninguno que vea llegar en su seno tantos extranjeros, ya sea para perfeccionarse en todas las ciencias y en todas las artes, ya sea para respirar allí la dulce y habitual alegría que se halla universalmente esparcida en la sociedad, la mas civilizada que hubo jamas. En los Estados reformados de Europa las semillas de la civilizacion fueron echadas por la religion católica, y á esta fuente primitiva debe atribuirse enteramente la parte de cultura que en ellos se encuentra aun en el dia.” [Fitz-William, *Cartas de Atico*, pág. 16].

La Francia, en donde ha prevalecido el Catolicismo, vino á ser, sobre todo desde entonces, la reina de la civilizacion. El siglo décimoséptimo le ha asegurado para siempre el cetro de ella; y este siglo tan glorioso, tan brillante, tan completo, en el cual todas las luces llegaron á su apogeo de grandeza, de pureza y de magnificencia; en que la superioridad solo es comparable con la diversidad en todo, así en las letras y en las artes como en las ciencias; que produjo los Poussin, Sueur, Corneille, Molière, Bossuet, Pascal, Descartes, Cassini, por no nombrar sino los príncipes, sin descender á la multitud de otros genios, el menor de los cuales bastaria para honrar un siglo [1] el *gran siglo*, en una palabra, salió entero de las entrañas del Catolicismo, y fué extranjero, antipático al Protestantismo, hasta la exclusion, hasta la proscripcion.

El Catolicismo, ademas de la continuidad de los grandes hombres que ha producido, ha tenido cuatro ó cinco siglos ó focos literarios: los de Leon X en Roma; de los Médicis en Florencia; de Carlos V en España; de Francisco I, y en fin, de Luis XIV en Francia. El Protestantismo no ha tenido uno solo.

Algunos genios, y grandes genios, han sido protestantes, a í lo reconozco; pero lo han sido por el azar del nacimiento, aislada y accidentalmente, sin que el Protestantismo haya influido sobre ellos ni sobre sus obras, ni que ellos hayan influido sobre el, sin que él los haya directamente producido. Así, en el orden de las letras, Shakspeare ¿era protestante ó católico? No se sabe, y aun las probabilidades son de que era católico. Milton era protestante, pero el genio del ilustre ciego es todo

(1) Ademas de todos los otros nombres que no recordamos, porque ellos se nombran por sí mismos, ¡qué multitud de sabios, y de sabios católicos del siglo XVII nos revelan los elogios académicos de Fontenelle!

propio suyo, y brota de aquella fuente íntima de inspiracion que su ceguera parecia hacerle mas personal. Byron lo era todo menos protestante; y otro tanto puede decirse de Goëthe y de Schiller, debiendo añadirse tambien que si ellos han dado con su genio, ha sido tratando asuntos católicos. Sea como fuere, estos diversos genios no han formado escuela, sociedad ni siglo con nadie: no han pertenecido á ninguno de esos florones literarios que germinan y se ramifican en otros genios contemporáneos, y cuya aparicion no puede esplicarse sino por la fecundidad de la sociedad que los lleva en su seno, que los educa, que los corona, y que siente á su vez su influencia.—lo mismo sucede en el órden de las ciencias. Newton y Keplero eran protestantes; mas si ellos han sido sábios é inventores, es haciéndose ellos mismos el gasto, por decirlo así, y hasta Keplero, como vimos ya, bien á costa suya.—En fin, en el órden filosófico, Bacon y Leibnitz honran en gran manera á la humanidad, fuerza es confesarlo: pero el primero pertenece todavía á aquella clase de espíritus solitarios, sin relacion, en cuanto al genio, con la sociedad á que pertenecen, como lo atestiguan estas palabras de su testamento, que acusan á la nacion que le dió el ser: "*Lego mi nombre y mi memoria* A LAS NACIONES ESTRANJERAS, y á mis compatriotas, cuando habrá pasado algun tiempo." En cuanto á Leibnitz, puede decirse que en su *Systema theologicum* se legó á sí propio al Catolicismo.

El siglo décimooctavo, que ha sido el grande enemigo del Catolicismo, y que, distantes estamos de negarlo, ha sido tan rico en inteligencias, inferiores todas, sin embargo, á las del gran siglo; este siglo décimooctavo que tanto se nos opone, ¿de dónde procede? ¿Quién tiene el derecho de revindicar su honor, ó de declinar su afrenta?

Esta cuestion no ha sido nunca limpia y sobre todo

francamente resuelta. El siglo décimooctavo ha sido opuesto al Catolicismo bajo dos respectos contradictorios, como vergonzoso, y como glorioso.—Como vergonzoso, se dice al Catolicismo: Ve aquí tu obra, porque de tí, de tus colegios de Jesuitas y de Oratorianos, de tus tan católicas universidades han salido esos famosos incrédulos que han escalado el cielo y abrasado la tierra;—cómo glorioso, se le dice: Ve aquí genios que valen tanto como los tuyos, y que prueban que se puede ser ingenioso, espiritual, elocuente, inspirado, sábio sin tí, contra tí.

Pero, ante todo, fuerza es ponerse de acuerdo consigo mismo, y que, o bien se nos abandone el siglo décimooctavo, ó se nos descarte de él. Por lo que á nosotros mira, veremos despues lo que debemos hacer de él.

El embarazo del partido que se debe tomar con respecto á este siglo, proviene de que hay en él dos cosas que se confunden y que deberian distinguirse: buena la una, la otra detestable. La cosa buena es el talento y el genio; la cosa detestable es el abuso que hizo de uno y otro. Y este abuso ha sido mas detestable y funesto en cuanto ha sido la corrupcion de lo mejor que tenia.

Ahora, pues, la atribucion que se hace de lo bueno y de lo malo de este siglo con respecto al Catolicismo ¿es exacta? Tan léjos está de serlo, que es falsa hasta al absurdo, hasta al completo trastorno de las palabras; y en lo contrario de esta atribucion es en donde se halla cabalmente la verdad.

¿No es absurdo decir que el Catolicismo, que los Oratorianos y los Jesuitas han dado lecciones de impiedad, de cinismo y de blasfemia á Voltaire, á Diderot, á D' Alembert? ¿No es de otra parte cierto, que estos preceptores católicos fueron quienes los formaron en el gusto, en las bellas letras, en las ciencias? ¿Y no es evidente, pues, que lo bueno que tiene el siglo décimooctavo, el espíritu, el gusto, la instruccion, la cultura, en una pala-

bra, le vino de la enseñanza católica, y que en este sentido es hijo y discípulo del Catolicismo? Y es de notar asimismo, que las mas bellas páginas que nos ha dejado aquel siglo, las que la posteridad tiene ya escogidas, y que irá depurando mas y mas como únicas dignas de la inmortalidad, fueron inspiradas por aquel soplo cristiano que sus autores tenían del Catolicismo.

Pero lo que tiene de detestable aquel siglo, la corrupción del talento que convirtió sus resplandores en reflejos siniestros, ¿á quién debe imputarse sino al espíritu de odio contra la Iglesia, y de negacion de sus creencias, que es propiamente el espíritu del Protestantismo? Y es sabido, además, que los filósofos del siglo décimo-octavo pasaron de la escuela del Catolicismo á la del Protestantismo. En esta, pues, en Lóndres, en la sociedad sociniana de los *libres pensadores*, fué donde pasó á tomar Voltaire sus grados de impiedad, y á jurar odio de muerte al Cristianismo: de allí nos vino el *Diccionario filosófico*, así como de Ginebra nos vino el *Contrato social*, y de Holanda la impresion y la propagacion de todas las producciones perversas de aquel siglo, y de Prusia, por fin, el real patrocinio que les dió aliento á todas. El Filosofismo es tan poco católico como francés: es discípulo é hijo del Protestantismo inglés, ginebrino, holandés, prusiano: es el Protestantismo en persona, rompiendo su confinamiento, y entrando entre nosotros en estado de disolucion filosófica.

Y cuando despues de haberse generalizado el incendio que aquel causó, y de haberlo consumido todo; cuando la civilizacion no fué mas que un monton de cenizas y de huesos, ¿quién fué el que sopló sobre estas cenizas? ¿á qué voz volvieron á reunirse estos huesos, y salió la civilizacion de sus ruinas, si no es al soplo y á la voz del Catolicismo? ¿Quién volvió á levantar el faro de las letras, destruido y anegado en sangre? ¿Qué genios,

qué escritores fueron los primeros en volverlo á encender y en transmitirnoslos? Chateaubriand, de Bonald y de Maistre, tres genios eminentemente católicos, y que quedaron como los altos depositarios de las verdades que todo el mundo invoca en los dias de peligro.

Otra escuela se ha formado fuera, y luego en oposicion con la suya, y esta es la escuela racionalista. Su cuna fué la escuela escocesa, y su sepulcro la escuela alemana, que reasumen todos los esfuerzos y todos los resultados del Protestantismo de nuestros dias en el órden de las luces. En tan rápida existencia, ¿con qué obras el Racionalismo protestante ha enriquecido el espíritu humano? ¿qué progresos le debemos? ¿á dónde nos ha conducido?... La respuesta la tenemos á la vista; la disolucion social, la barbarie final, ya lo hemos manifestado, he aquí el término, he aquí el fruto de este movimiento anticatólico.

¿Qué verdad fué, pues, nunca demostrada por una serie de hechos y de esperiencias mas considerables, mas repetidas y mas concluyentes que esta verdad: Que el Catolicismo ha constantemente favorecido el vuelo y el progreso de las luces, que á él debemos el mayor lustre y esplendor que hayan jamas tenido é irradiado, y todo lo que de ellas se conservó despues de la aparicion del Protestantismo? Y ¿por cuál perversion del sentido humano, por cuál prodigio de prevencion y de ceguera ha podido acreditarse la opinion contraria?

Ya sé todas las escepciones individuales que se pueden citar en favor del Protestantismo, y nadie me ganará en saludar y honrar el talento y el mérito donde quiera que se presenten. Suscribo de buen grado á todas las galerías y retratos que se quieran hacer de las glorias de la Reforma, y no quiero disputar los casos particulares. ¡Libreme Dios de estrechar la cuestion, y de reducirla á una mezquina calificacion de inteligen-

cias mas menos ó elevadas! No me opongo á reunir todos esos montecillos. Mas para juzgar cual conviene esta vasta cuestion, es necesario dejar la llanura, subir sobre las eminencias, y considerar el conjunto de los movimientos del terreno de la civilizacion, ver cuáles son las cimas mas elevadas, los picos mas cercanos á los cielos, y cuáles son los grupos, las cadenas de montañas que dominan la generalidad del suelo, y que marcan sus horizontes: Allí es donde yo llamo al observador imparcial, y le ruego que considere á qué se reduce el Protestantismo al lado de nuestros grandes hombres, al lado de nuestros grandes siglos, al lado de nuestras grandes tradiciones católicas.

La parte que en ello ha de caber al Protestantismo no es fácil de determinar, y el Catolicismo pudiera muy bien revindicar para sí muchas glorias protestantes. Y ¿cómo hubiera, en efecto, el Catolicismo formado la Europa, y la hubiera dotado de todas las luces que irradiaban ya tan poderosamente en el siglo de Leon X; cómo hubiera vivido quince siglos antes de la Reforma y sobrevivido tan grande despues en las naciones que han continuado en pertenecerle con tanto esplendor; cómo hubiera luchado de tan cerca y tan de firme con el Protestantismo durante estos tres últimos siglos, sin obrar sobre sus enemigos, sin penetrarles con su influencia, sin elevarles á su altura, ó sin disminuir ó retardar á lo menos el abatimiento en que los hubiera postrado la sola influencia del Protestantismo? No hay que dudar: en las principales naciones protestantes, como la Alemania y la Inglaterra, la parte que ha sobrevivido de Catolicismo, ya sea en el corazon de estas naciones, ya sea en la relacion que estas han conservado con las demas naciones católicas de la Europa, y singularmente con la Francia, ha impedido que el Protestantismo no produjera en ellas todo su efecto.

Para apreciar el Protestantismo cual se debe, seria menester que hubiera sido puesto á prueba en un terreno enteramente vírgen, y exento de relacion con el Catolicismo. La civilizacion americana, que es entre todas la que mas se ha formado con estas condiciones, puede darnos de ello una ligera idea. Figuraos al mundo no habiendo jamas conocido otra civilizacion que aquella, y considerad consternados, aterrados, para honor de la naturaleza humana, toda la inmensidad de grandeza y de gloria de que ha de despojarse para hacerla descender hasta este nivel. ¿Qué enorme mengua ha de ser la suya! ¿Qué se ha hecho toda esta elevacion metafísica del pensamiento humano que se ha manifestado en las grandes obras de los doctores de la Iglesia, y de los filósofos que le han pertenecido, de San Anselmo, de Santo Tomas, de San Buenaventura, de Suarez, de Belarmino, de Pascal, de Descartes, de Malebranche, de Leibnitz, de Maistre, de Bonald, para no nombrar sino los príncipes del pensamiento, y aun algunos? ¿Dónde está toda esta brillante comitiva de la mística cristiandad que nos arrebató y nos transforma en los escritos de San Bernardo, de Santa Teresa, de San Francisco de Sales, de Fenelon, del libro de la *Imitacion*, y toda esta profundidad de la ciencia del alma que se descubre en Bourdaloue, en Massillon, en Bossuet, y en todos los grandes sermonarios? ¿Y las letras! ¿Contémplese á Bossuet formándose, engrandeciéndose y llegando hasta pronunciar sus *Oraciones fúnebres*, y escribir su *Discurso sobre la Historia universal* en la sociedad americana, Racine componiendo allí su *Atalía*; Corneille, *Polyeucto*; Fenelon, el *Telemaco*; la Fontaine, sus *Fábulas*; Sevigné, sus *Cartas*; la Bruyère, sus *Retratos*; Molière, su *Misántropo*? ¿Y las artes! Rafael, Miguel Angel, Corregio, Ticiano, le Sueur, Palestrina, Pergoleso; y vosotras, maravillas anónimas

del arte cristiano, á quienes se llama Chartres, Reims, Amiens, Strasburgo, Colonia, admirables catedrales, que compendiais la creacion, y que la transfigurais para volver su gloria hácia su autor, apariciones de un mundo nuevo, sueños realizados del alma humana que se creyó por un instante al lado del Angel, disipaos como el humo al soplo del Protestantismo: nosotros os evocamos como ideas de encanto en un mundo que no os conoce ni os conocerá jamas, y al estrépito de los aplausos idólatras que un pueblo de negociantes prodiga á...
Lola Montes.

Si la civilizacion de que se trata es esta civilizacion llana y horizontal, cuyo tipo es el pueblo americano, damos desde luego las armas al Protestantismo. Esta civilizacion, en su género, es perfecta, prodigiosa, porque, gracias á ella, es puramente industrial, y tiene por móvil aquel instinto infalible que en la escala de los seres está en razon inversa de la reflexion y del pensamiento, así como tiene por único objeto los establecimientos terrestres. Esta es la civilizacion del castor. Mas si por civilizacion se entiende ese desenvolvimiento ascendente de actividad intelectual, moral y estética, que, lejos de acercar la naturaleza humana á la naturaleza animal, la hace repeler la tierra, y la lleva sin cesar á elevarse sobre sí misma, para ir á probar el destino del Angel, y recobrar los cielos, el Protestantismo, desde su nacimiento, no ha cesado de atacar esta civilizacion, precisamente porque estaba identificada con el Catolicismo.

Bien desearamos entrar aquí en un estudio especial sobre las costumbres industriales de nuestra época, sobre sus fuentes, sus elementos, sus peligros, sus remedios; pero nos espanta el punto á donde nos llevaria el desenvolver esta grave cuestion, cuando ya no nos ardrase de antemano lo mucho que nos hemos estendido

en este libro. Bástenos, pues, el indicar que al Protestantismo le ha cabido una inmensa parte en la formacion de estas costumbres, cuya tendencia parece deber ser funesta, no ya precisamente á las ciencias metafísicas, morales y estéticas, sino hasta á las ciencias exactas, cuya aplicacion hace la industria. Todas las ciencias son solidarias, porque la verdad que cultivan bajo varios aspectos, es una. Aislar la física de la metafísica y de la moral, y después de haberla así aislado, no cultivarla en sus hermosas teorías, sino únicamente en sus aplicaciones industriales, y bajo el solo punto de vista del lucro, es, recordando un símil aplicado ya al Protestantismo, matar la gallina de los huevos de oro. Cuanto mas las máquinas tienden á reemplazar á los hombres, tanto mas los hombres tienden á convertirse en máquinas. Al paso con que marcha la civilizacion industrial, el espíritu humano no puede dejar de descender al nivel de sus productos, y hasta de caer en un punto inferior á sus industrias, y llegar á verse como el rey Lear, espulsado por sus hijas, que en la estupidez de su abyeccion, ni aun se acordaba de que hubiese reinado. "Porque la civilizacion romana murió á consecuencia de la invasion de los bárbaros, dice el Sr. Alejo de Tocqueville, estamos quizás demasiado dispuestos á creer que la civilizacion no podria morir de otra manera... Si las luces que nos alumbran viniesen algun dia á extinguirse, se irian oscureciendo poco á poco y como por sí mismas. A fuerza de encerrarse en la aplicacion, se perderian de vista los principios; y cuando se habrian olvidado enteramente los principios, se seguirian mal los métodos, que de ellos derivan; no se pudieran inventar de nuevos, y como sucede en la China, se emplearian, sin inteligencia y sin arte, sabios procedimientos que no se comprenderian... No debemos, pues, tranquilizarnos con la idea de que los bárbaros están

lejos de nosotros; porque si pueblos hay que se dejan arrancar de las manos la luz, hay otros que la ahogan ellos mismos debajo de sus piés." (*De la democracia en América*, tomo II, capítulo X).

Con sentimiento me separo de tan interesante materia, y prometiéndome desplegarla á la primera ocasion favorable, concluyo de esta rápida esposicion, que el reproche hecho á la Iglesia de ser enemiga de las luces, es de tal modo inconcebible, y la fortuna que ha tenido esta paradoja durante cien años es de tal manera prodigiosa, que solo puede esplicarse por un oscurecimiento de estas mismas luces, que las tinieblas ya no comprendieron jamas.

~~~~~

#### CAPITULO IV

##### DEL PROTESTANTISMO CON RESPECTO A LAS COSTUMBRES.

Una *sociedad que produce Santos*, ha dicho Bossuet, *tiene ya en sí un sello infalible de regeneracion*. Esta expresion es un rasgo sublime de buen sentido y de genio.

El Catolicismo ha siempre producido, produce y producirá siempre Santos, y tiene de ellos una multitud innumerable.

El Protestantismo, que se ha presentado como el reformador del Cristianismo, no podrá presentar uno solo. —Hay en el Protestantismo almas honradas, bellas almas, almas cristianas, dignas de estimacion, y algunas veces de admiracion, á las cuales la naturaleza, y la fe educan hasta un punto muy elevado de belleza moral; pero, ademas de que tales almas no tanto son protestantes como cristianas, jamas llegan á lo que se llama *la santidad*.

Ya me parece oír quien se levanta para impugnarme